

Presentación

El comienzo del siglo XXI ha situado a América Latina en uno de los epicentros de la agenda internacional y la región volvió a atraer la atención de los medios de comunicación, en primer lugar, ante la magnitud de la crisis de Argentina, que de alguna manera estaba siendo el epílogo del hundimiento del llamado Consenso de Washington y, después, por la apertura de nuevas líneas de cambio político y transformación social en el sistema de sociedades de la región. Todo ello ha producido un visible cambio de rumbo, que demanda explicación (y de ahí este libro), una transformación que Noam Chomsky ha equiparado a una «declaración de independencia».¹

Desde México hasta Chile, se producen transformaciones políticas que se inician bajo condiciones geopolíticas excepcionales, que de hecho no han existido en ninguna otra etapa de la historia latinoamericana, y que otorgan a los actores sociales y políticos un margen de maniobra desconocido hasta ahora para desarrollar proyectos que profundicen la democracia y permitan empezar a abordar la tremenda desigualdad social y económica que emerge como la gran herencia histórica del capitalismo en la región.

El número de *Monthly Review. Selecciones en Castellano* que los lectores/lectoras tienen en sus manos recoge materiales publicados en los dos últimos años en la edición estadounidense, que como es ya tradición desde sus inicios, siempre ha mostrado una atención especial hacia América Latina, sobre todo hacia sus procesos de cambio social y político y las comple-

jas, y casi siempre conflictivas, relaciones que se han establecido entre Estados Unidos, los distintos países latinoamericanos y la región en su conjunto.²

América Latina, las sombras del siglo xx

La relación de dependencia respecto de Estados Unidos marcó decisivamente el siglo xx en América Latina y estableció estrechos límites de actuación para cada una de las sociedades de la región, en una manifestación extrema y descarnada de imperialismo. Esta situación se ha expresado, popularmente, con la idea de que América Latina fue durante gran parte del pasado siglo «el patio trasero» de Estados Unidos.

América Latina ha sido, y en alguna medida lo sigue siendo, un espacio geoeconómico en el cual los límites para cualquier transformación social estaban delimitados por los intereses estratégicos de Estados Unidos y los intereses de su extensa red de aliados locales tejida meticulosamente desde las primeras décadas del siglo. Estos límites fueron desafiados sistemáticamente en diversos momentos por movimientos políticos organizados, en algunos casos por amplias coaliciones, que incluso lograron alcanzar el poder político y que representaban a un espectro diverso de grupos y clases sociales, como fue el caso muy significativo de Chile durante el Gobierno de la Unidad Popular entre 1971 y 1973, la situación de Brasil con el Gobierno progresista de Joao Goulart entre 1961 y 1964 o el Frente Amplio de Uruguay. Las guerrillas de Centroamérica, especialmente en el Salvador y el movimiento sandinista en Nicaragua, fueron otra expresión de articulación de frentes amplios que tenían en lo fundamental una voluntad modernizadora y de instauración de una democracia política —más que una revolución— que Estados Unidos combatió desde un primer momento, contribuyendo a la anulación de su potencial democratizador y de transformación de las estructuras sociales y económicas.

Cuba fue, sin duda, la experiencia histórica que tuvo un éxito claro, aunque el acoso continuado, la guerra económica y el cerco político, junto al contexto de la Guerra Fría, contribuyeron muy probablemente en gran medida a conformar un régimen alejado de la energía transformadora y democrática de la primera etapa de la revolución.³ La respuesta dada desde Estados Unidos a la revolución de los sandinistas siguió un camino parecido. La agresión y las políticas de desestabilización contribuyeron a desfigurar los rasgos democráticos, plurales y transformadores que caracterizaron al sandinismo en la primera etapa, reforzando por la vía de la militarización defensiva del régimen sus aspectos más autocráticos.⁴

El ejemplo de la Nicaragua contemporánea, con su espectacular transmutación, es una muestra también de las derivas que se dan en el decurso histórico de las revoluciones: del paso de la revolución política (la conquista del poder estatal a corto plazo) a la social (la construcción de una nueva estructura social) y de la complejidad extrema de esta última. No hay hoja de ruta ni estación de llegada ineluctable. La pérdida de al menos una parte importante de la energía inicial de una revolución política es algo natural porque toda revolución es un acto extremo de comunidad emocional entre los sublevados. El mexicano Carlos Fuentes lo ha expresado de forma memorable:

El versificador popular de las jornadas revolucionarias de julio se refirió a un hecho insólito: apenas levantadas las barricadas del primer día de combate, muchos grupos, sin concertarse, ambularon por las calles de París disparando contra los relojes de las torres. ¿Para detener el día? Sí, en cierto modo: para actualizar el presente, para radicarlo en sí mismo. Las revoluciones tienen conciencia de su carácter inmediato, exaltante, existencial, acaso fugaz, seguramente irrepetible... Se dispara contra los relojes para que el tiempo se detenga y el irrepetible instante sea la eternidad («El tiempo de Octavio Paz», Prólogo al libro *Los signos en rotación*, Alianza Editorial, Madrid).

La escritora Gioconda Belli, muy ligada a la etapa fundacional de la revolución nicaragüense, inspirándose, indirectamente, en la lúcida visión de Carlos Fuentes sobre la revolución, intenta explicar una aparente paradoja: cómo desde una parte del movimiento sandinista —el que conserva el poder simbólico y que lidera quien fue el principal dirigente de la revolución, Daniel Ortega— se consolida un régimen con rasgos dictatoriales que persigue implacablemente a sus adversarios y especialmente a quienes fueron sus compañeros de ruta. Una paradoja, en palabras de Gioconda Belli, en realidad aparente dado que, una vez destruido el aura de algunos liderazgos, emerge con toda su brutalidad la esencia de los personajes que en determinadas circunstancias históricas asumieron un rol dirigente («Nicaragua: de revolución a farsa», Gioconda Belli, *El País*, 26 de noviembre de 2008).

El contexto geopolítico de Guerra Fría contribuyó también a fortalecer la idea de América Latina como «patio trasero» entre los grupos y clases dirigentes de la mayoría de países. Funcionó como una especie de acomodo pragmático en una suerte de macrointercambio en el cual la estabilidad en el poder y los privilegios de clase de los grupos dirigentes y de las clases sociales privilegiadas quedaban asegurados por esa alianza que representaba un seguro frente a cualquier crisis o revolución política. La ideolo-

gía anticomunista jugó un papel muy importante en la cohesión de una amplia gama de regímenes, no solo de las dictaduras o regímenes «autoritarios», entre 1950 y 1990, aunque la intensidad y las formas de proyectar el anticomunismo como una cosmovisión de la sociedad y del orden mundial varía significativamente a lo largo de estas décadas.

No obstante, en determinados momentos históricos se pusieron en marcha proyectos de desarrollo del capitalismo en América Latina que de manera significativa se desarrollaron, al menos parcialmente, fuera de estas relaciones de dependencia. Durante los años 30 y 40 del pasado siglo algunos países latinoamericanos lograron expandir su industrialización al asumir políticas de inversión encaminadas a la sustitución de importaciones. Estas políticas fueron tanto el resultado de iniciativas y alianzas temporales de las clases sociales locales como de la disminución momentánea de la intervención directa de Estados Unidos en los asuntos de los países latinoamericanos.

La Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial forzaron a Estados Unidos a concentrar sus energías en abordar sus propios problemas y en la preparación de la guerra. El resultado fue un mayor espacio y un margen de maniobra nuevo para que las clases dirigentes de algunos países pudieran impulsar una modernización capitalista que esbozó una estructura de clases diferente, con un menor peso de las oligarquías tradicionales y la puesta en marcha de algunos mecanismos redistributivos que facilitaban una alianza de clases un poco más amplia, al garantizar algunos beneficios sociales a las clases trabajadoras urbanas.

Paradójicamente, los desafíos históricos de Estados Unidos —en el siglo xx, la coyuntura de la crisis sistémica de los años 30 y el consiguiente gran proyecto de construir su hegemonía mundial; en el comienzo del siglo xxi, gestionar la otra crisis de la globalización, ahora en el contexto del declive histórico de su hegemonía— han resultado ser coyunturas extraordinariamente favorables para América Latina. El avance del capitalismo transnacional impuso los límites al desarrollo de los países latinoamericanos. El desarrollo y el subdesarrollo se convirtieron en procesos simultáneos, y términos tales como lumpen-burguesía o lumpen-desarrollo se introducen en el debate político y académico para advertir de los límites de esos impulsos modernizadores para conformar otra estructura social capaz de responder a las necesidades de las sociedades latinoamericanas.

La percepción por parte del imperialismo estadounidense de que cualquier proceso de cambio, o el simple proyecto de profundización de la democracia, amenazaba o ponía en riesgo los intereses de Estados Unidos

o la estabilidad de algunos aliados, garantes de estos intereses, fue motivo suficiente para poner en marcha la maquinaria de desestabilización política. Los ejemplos de esto jalonan la historia del siglo xx en toda la región y tienen como episodios más relevantes, quizás, la intervención en Centroamérica, el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1956, la continuada guerra económica y política contra Cuba, los golpes de Estado en el Cono Sur a comienzos de la década de 1970, la invasión de Panamá en 1989, el acoso a la Nicaragua sandinista, las guerras de «baja intensidad» promovidas en Centroamérica y una historia interminable que Eduardo Galeano, a comienzo de la década de 1970, captó magistralmente con su obra *Las venas abiertas de América Latina*.⁵

Si hacemos esta sintética revisión es porque pensamos que resulta imposible abordar la actual coyuntura crítica latinoamericana, en rigor un nuevo ciclo histórico, sin la perspectiva del presente como historia. América Latina está prácticamente cada día en los telediarios y en las noticias de los periódicos pero la información que podemos tener de lo que realmente ocurre, al menos desde España y los países centrales, es escasa y en muchos casos no es más que una burda manipulación. En el prólogo al espléndido y oportuno libro *La nueva izquierda en América Latina*,⁶ Juan Carlos Monedero apela al espíritu de Ryszard Kapuscinski cuando este se preguntaba por las noticias positivas de África, para que los periodistas informen también de las cosas alentadoras que ocurren en la región y para que miren la realidad social y los procesos de cambio con autonomía e independencia. Una apelación que también deberíamos hacer para superar la «colonización del saber», y para el desarrollo de una imaginación sociológica que permita mirar el siglo xxi en América Latina con los propios ojos y desde los datos y perspectiva que nos ofrece la historia del siglo xx.

Manuel Rivas analiza con lucidez y precisión esta manera estereotipada de mirar los acontecimientos y las coyunturas críticas de América Latina que prevalece en medios periodísticos y políticos en relación a Bolivia y a Evo Morales, un análisis que, pensamos, se puede extender también al tratamiento informativo hegemónico que se da al conjunto de la región:

Evo Morales, en aquel su primer viaje como presidente de Bolivia causó un gran revuelo en las recepciones ofrecidas por los encorbatados anfitriones europeos. En las vetustas redacciones se teclaron con renovada excitación condenatoria editoriales de aroma colonial [...] La causa fue el jersey o chompa que vestía Morales con donaire. En la incomodidad, entendieron el mensaje. El tejido era el texto. [...] Así que la vestimenta de Evo era algo así como la portada de un nuevo libro para Boli-

via. Un programa de reformas para un pueblo en su gran mayoría condenado a la imposibilidad de futuro. El llamado indigenismo tiene algunos desvaríos, pero en lo que representa Evo prevalece la voluntad liberadora: la extrema pobreza y el analfabetismo son inscripciones injustas que se pueden borrar. [...] Cuando Evo intentó hacer visible todo el texto-tejido del país, incluida esa mayoría humillada, se puso en marcha el proceso para romper las costuras de Bolivia. [...] La esperanza es que en el tejido de la América Latina ya no mandan los vetustos textos ni las viejas embajadas («Objetivo Bolivia», *El País*, 20 de septiembre de 2008).

La conclusión optimista que cierra la hermosa literatura de Rivas es en realidad uno de los interrogantes claves de este momento en toda América Latina, y no hay una respuesta concluyente. La misma forma en que la derecha en Bolivia plantea su oposición recurriendo a la subversión y a tácticas que en Europa se calificarían como terroristas⁷ es un indicador de esa ambigüedad, pero algunas cosas fundamentales han cambiado y el actual momento político y geoestratégico permite compartir la esperanza de que se abren escenarios nuevos.

Un nuevo ciclo histórico

La presencia del imperialismo en la conformación del sistema de sociedades y en la temprana inserción de la región en la economía-mundo capitalista es un aspecto clave para situar el actual momento de América Latina. Esta constante, que capta como un todo indisoluble el desarrollo del capitalismo y la historia de América Latina en los siglos XIX y XX, sigue estando presente en cada uno de los acontecimientos que pautan la vida social y económica de los países de la región.

Los recursos, la fuerza de trabajo, los mercados locales siguen siendo bienes preciosos para el capital estadounidense, pero el acceso a los mismos es ahora más complejo. Se ha intensificado la competencia con los capitalistas europeos y asiáticos y también, lo que es más novedoso, con grandes capitalistas de la región que quieren participar del reparto en pie de igualdad.

Así, más que un desdibujamiento del imperialismo económico estadounidense en la región, lo que observamos es su crisis de hegemonía producto de su propio declive histórico, en los términos señalados por Immanuel Wallerstein, y la emergencia de nuevos actores, la mayoría de ellos con una dimensión también imperial,⁸ que en los hechos han contribuido, junto a otros factores históricos, a reducir la intensidad de los mecanismos de control tradicionales que tan efectivos resultaron para Estados Unidos durante décadas.

El alcance estratégico de América Latina para el núcleo del capitalismo español se refleja regularmente en la proporción desmesurada de beneficios que las empresas obtienen en la región y, en situaciones de crisis, por la consecuente caída de los beneficios y el hundimiento de las acciones de estas empresas en las bolsas internacionales. Más allá de estos indicadores, esta situación es perceptible paseando por las calles de cualquier gran ciudad latinoamericana. Los cajeros automáticos de la banca se reparten entre los dos grandes bancos españoles, los fondos de pensiones también, los teléfonos públicos (también los otros) son de Telefónica, servicios como el agua y el gas los suministran las empresas de referencia españolas y así un largo etcétera. Por poner un ejemplo, un cambio positivo en la valoración internacional de la deuda de Brasil era recogido por el diario *El País* con el sugerente título «Un dulce regalo para el Ibex 35» (*El País*, Suplemento Negocios, 11 de mayo de 2008). Esta relación estructural del núcleo del capitalismo español con América Latina se traduce en una extrema «sensibilidad» de las cotizaciones del Ibex 35 al clima económico en la región. Para el conjunto de empresas del Ibex 35, América Latina representó en 2007 el 25% de sus mercados y una cantidad superior de su beneficio. Banco Santander, Unión Fenosa, Telefónica, BBVA, Endesa, Repsol obtienen entre un 25 y un 45% de su beneficio anual en el conjunto de la región (*El País*, Suplemento Negocios, 2 de octubre de 2008). Es útil recordar que gran parte de esta toma de posiciones estratégicas se produjo en medio de la debacle de los años 1980 —la década perdida— y principios de los años 1990 y en el contexto de la aplicación de los planes de ajuste, que redujeron a precio de saldo una gran parte de los recursos productivos de las economías regionales. Una buena ilustración de las rentas extraordinarias que el neoliberalismo ha proporcionado a algunos.

El cambio geoestratégico y político ha sido intenso y muy rápido y sugiere que se ha puesto en marcha una transición en el contexto del posneoliberalismo⁹ hacia una forma de organización económica y política menos dependiente de los centros capitalistas y en particular de Estados Unidos.¹⁰ Esto probablemente se traducirá en un fortalecimiento de la vida democrática y en la ubicación de las desigualdades y lucha contra la pobreza en un lugar preferente de la agenda política del diverso arco de Gobiernos progresistas o de izquierda. Los proyectos —algunos de ellos en fase avanzada— de reformar la constitución incorporando a la misma un artículo específico que trate de los derechos sociales, la necesaria protección de las minorías y de la población indígena o incluso del medio ambiente o de recursos como el agua, más allá de su resultado final, son expresión de una respuesta al neoliberalismo y de la voluntad de encarnar en forma

de derechos reconocidos constitucionalmente un nuevo pacto de ciudadanía y de hecho un nuevo contrato social en la medida en que (al menos en las reformas impulsadas en Venezuela, Bolivia y Ecuador) se incide directamente en la protección de los grupos sociales más vulnerables e históricamente segregados.

El proyecto boliviano reconoce la oficialidad junto al castellano de todas las lenguas indígenas del país junto al reconocimiento de la autonomía indígena. El otro aspecto novedoso y muy trascendente es la explícita protección del medio ambiente, una cuestión crítica en América Latina, donde la dinámica económica ha contado con los «recursos naturales ilimitados» como una de sus principales ventajas comparativas para el crecimiento económico y la inserción en la economía mundial. Eduardo Galeano pone en valor la introducción de pautas conservacionistas en la reforma constitucional de Ecuador y señala «la voluntad de que el Estado reconozca y garantice el derecho a mantener y regenerar los ciclos vitales naturales a partir de tradiciones ancestrales como el ideal de vida del *sumak kawsai*, en lengua quichua: armonía con la naturaleza que nos engendra y nos alimenta». Galeano lo valora como una forma de reencuentro con una parte fundamental de la cultura indígena de Ecuador, una dimensión que había permanecido subyugada y que ahora se rescata y deviene un bien público para el conjunto de la humanidad.¹¹

Sin embargo, la actuación política de algunos de los nuevos Gobiernos de la izquierda deja un balance ambiguo. Este es el caso de Brasil y las políticas económicas y sociales de los dos Gobiernos de Lula, o el manejo «pragmático» del centroizquierda que gobierna en Chile desde hace ya casi dos décadas. En cualquier caso, nos parece poco útil establecer separaciones taxativas entre las distintas opciones políticas, entre otras razones, porque la acción política tradicional, en su forma competitiva y basada en partidos que pugnan por el control del poder político, no cierra ahora la vida política de las distintas sociedades sino que es una parte del todo. En la mayoría de países, es la parte determinante, pero aún así, en grados diferentes, los partidos han de contar con otras formulaciones políticas, con movimientos sociales y con nuevas formas de acción colectiva y de movilización popular que pueden ser consideradas como importantes innovaciones sociales. La fórmula «que gobiernen obedeciendo» —gestada en la primera etapa del Movimiento Zapatista— ha calado profundamente en algunas sociedades, especialmente donde han emergido movimientos indígenas, como es el caso notorio de Bolivia. El vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, lo expresa con precisión en una entrevista al ser preguntado por la tensión entre un supuesto gobierno de los movimientos

sociales y el proceso de toma de decisiones efectivo y cotidiano que supone el ejercicio del poder político:

Es posible verificar esta idea de un gobierno de los movimientos sociales. [...] Los grandes lineamientos de acción de este gobierno en temas como hidrocarburos, agua, tierra o Asamblea Constituyente, son el resultado del ciclo histórico de movilizaciones sociales. El programa no fue inventado por cinco personas que se sentaron en una mesa, sino que fue construido por los movimientos en el gran ciclo de movilizaciones 2000-2005. [...] Los grandes procesos de reforma pasan por un proceso de movilización previo que implica deliberación y que genera un respaldo. Son resultado de la acción de los movimientos sociales.¹²

A pesar de que el discurso de Álvaro García Linera no puede dissociarse de su condición de responsable de Gobierno, lo cierto es que expresa una formulación original en la tradición y la cultura política latinoamericana, y no puede ser asociada a una simple o pura instrumentación de las movilizaciones desde el poder político. Es una relación diferente y no puede identificarse con la histórica «hegemonía» y «dirección» que se intentaba establecer desde la izquierda política tradicional sobre los movimientos y movilizaciones autónomas y espontáneas que cíclicamente han aparecido en la región.

Esto otorga mayor complejidad y riqueza a la situación política latinoamericana, y al mismo tiempo desdibuja y hace cada vez menos relevante la caracterización de las opciones de izquierda en función de su supuesta mayor o menor radicalidad. Una parte sustancial del debate mediático sobre el llamado «giro a la izquierda» de América Latina se ha concentrado en establecer una separación formal entre *buena* y *mala* izquierda —un tema que aborda en este volumen Michael A. Lebowitz relacionando a Venezuela con países dirigidos por la «izquierda mala»—, algo que resulta eficaz para caricaturizar las líneas de fuerza reales por donde transcurren los cambios sociales y políticos.

García Linera, en la entrevista citada, descarta esta distinción y la caracteriza como una formulación vulgar. A su juicio, lo fundamental es lo que todos estos procesos tienen en común más que sus diferencias:

Las búsquedas plurales de modelos alternativos de desarrollo económico, redistribución de la riqueza y ampliación de derechos en el marco de la construcción de una modernidad satisfactoria. [...] Ya no hay un texto al cual obedecer, un país al que imitar, un politburó al cual seguir o una Internacional que respetar [...] Ahora vemos que hay muchas historias, que es posible encontrar cierta unidad en búsqueda de la ampliación de derechos, la redistribución, dentro de una gran pluralidad

en cuanto a las formas: quién conduce, cómo, a qué velocidad y con qué tipo de liderazgo.

En este tema la condición de dirigente gubernamental otorga mayor valor a las palabras de García Linera, por todo lo que significa en cuanto a desdramatizar y quitar valor a la focalización extrema que se hace desde medios periodísticos, académicos y políticos en la distinción entre las supuestas dos izquierdas que han alcanzado el poder político en América Latina. La profundización de la democracia, la lucha contra la pobreza y extrema pobreza y la desigualdad crea un campo enorme de coincidencias potenciales sobre las cuestiones fundamentales del corto y medio plazo que, en gran medida, vuelven obsoletas las consideraciones sobre estrategia y tipos de liderazgo.

El sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón analiza este tema focalizando la atención en las variadas articulaciones que se dan en los distintos países entre Estado, sociedad y política en el proceso de reconstrucción política, democrática y económica que se ha tenido que acometer tras la debacle neoliberal. Según Garretón:

[...] la naturaleza de los problemas que se enfrentan, como el descontento popular respecto a los déficits de democratización y las verdaderas catástrofes producidas por las reformas neoliberales, inclinan la balanza hacia soluciones de contenido popular y redistributivo [...] Y es evidente que para ello están mejor preparados los actores políticos que se definen como de izquierda [...] Eso es justamente lo que está presenciando América Latina, en un proceso en el que las mismas izquierdas van redefiniendo y renovando su identidad y sus propuestas. Por ello, distinguir de manera global entre izquierdas buenas y malas, parece simplemente una consigna al servicio de la política estadounidense.¹³

Algunos puntos nodulares del cambio en América Latina

La acumulación de acontecimientos innovadores en los inicios de siglo, así como su rapidísima extensión a todo el sistema de sociedades de América Latina, otorga un carácter provisional y forzosamente parcial a cualquier análisis que se realice. Los trabajos que presentamos en este libro abordan algunas de las cuestiones claves, pero otras líneas de fuerza importantes quedan en segundo plano o no se tratan. Como señala John Bellamy Foster en la introducción de «Revolt in Latin America» (*Monthly Review*, vol. 59, n° 3, julio-agosto de 2007), la complejidad de la coyuntura crítica por la que transita hoy América Latina es inabordable en un volumen forzosamente breve.

La irrupción de la crisis financiera y económica global hace aún más compleja la situación de la región al abrir nuevos escenarios e introducir otras variables en los procesos de cambio en marcha. La conjunción de un crecimiento económico extraordinario entre 2002 y 2007 junto a la reorientación de algunas políticas sociales con carácter más redistributivo permitió contener la expansión de la pobreza, que no cesó de incrementarse desde 1980 hasta alcanzar su valor máximo en 2002 con un 48% de la población por debajo del umbral de pobreza.

En el quinquenio 2002-2007 la pobreza se redujo en 8 puntos porcentuales según las estimaciones que realiza la CEPAL, pero este mismo organismo prevé que estos avances puede anularse rápidamente según sea el cambio de escenario económico. La irrupción de esta crisis del capitalismo global vuelve a mostrar las fragilidades estructurales de América Latina y el peso de la herencia del neoliberalismo en forma de fracturas sociales enormes que requieren una acción política prolongada para comenzar a ser suturadas.

La devastación neoliberal de las economías locales y de las estructuras agrarias no solo ha intensificado al extremo la presión demográfica sobre el sistema de ciudades, con un incremento exponencial de la población que habita el extrarradio de los centros urbanos, sino también las migraciones intrarregionales y hacia los países de capitalismo avanzado. Este proceso ha sido en parte estimulado por los Gobiernos al visualizar una fuente de recursos estable y creciente y, en algún caso, deviene una suerte de especialización en la división internacional del trabajo. Para el conjunto de América Latina, las remesas enviadas por los emigrantes representaron en 2006 un monto de 56.608 millones de dólares. Esto es una cantidad muy superior a toda la ayuda exterior o programas de asistencia, y en muchos países esta cantidad supera el valor de la inversión extranjera directa.¹⁴ Los 25 millones de personas que han emigrado desde América Latina en las últimas dos décadas han contribuido con un esfuerzo desmedido a la acumulación en el conjunto de la economía mundial y a la dinámica económica de sus propias sociedades, hasta el punto de que un porcentaje muy alto del PIB depende ahora de estas remesas: en Bolivia es un 8,5%; Guatemala, un 9,3%; Ecuador, un 6,4%; y los países centroamericanos oscilan alrededor de un 20%.

Esto genera un factor de inestabilidad añadida dado que se introduce una dependencia directa de la coyuntura económica de los países de destino de la emigración local. Y por otra parte, en los países y ciudades de América Latina que son receptores de migraciones regionales la estructura de clases sociales se conforma, de acuerdo con las pautas predominantes

en todo el capitalismo global, situando a esta población en la base de la pirámide y en una situación de escasa o nula movilidad social. El racismo es el correlato más directo de este cambio social que ha transfigurado en pocos años el paisaje humano de ciudades como Santiago de Chile o Buenos Aires, entre otras metrópolis latinoamericanas.

La crisis es un desafío para la estabilidad y el crecimiento económico, pero, sobre todo, es la auténtica prueba para comprobar la voluntad de las distintas opciones de izquierda y progresistas que han alcanzado el poder político para avanzar en la lucha contra la desigualdad y la pobreza en este nuevo contexto en el que los vientos son ya menos favorables. Y cuando ya hay camino recorrido —y el resultado en algunos casos es ambiguo y, en otros, claramente regresivo—, el emplazamiento añadido que representa la crisis mundial para las opciones de izquierda y progresistas hace todo más complejo, pero especialmente su relación con la base social y electoral que espera cambios reales y tangibles y seguro que no estará dispuesta a cargar una vez más, ahora con Gobiernos de izquierda o progresistas, con el peso principal de la crisis del capitalismo mundial.

Brasil: tensión entre el despliegue global y la búsqueda de la equidad y la democracia económica

La política macroeconómica de los dos Gobiernos de Luis Inácio Lula ha tenido algunos éxitos claros y un efecto estabilizador que, mirado en relación a las turbulencias y movimientos espasmódicos de la economía brasileña anteriores a su mandato, resulta notable. Así lo reconocen las agencias internacionales, los medios financieros y las controvertidas empresas que realizan la valoración de riesgo país.

A este loado manejo macroeconómico se añade la irrupción del país como un actor global, situación que este segundo Gobierno de Lula ha sabido administrar con notable éxito político. Enrique Iglesias, Secretario general iberoamericano, lo expresa con rotundidad: «Brasil es sin duda alguna la primera gran potencia regional y mundial, la primera gran potencia mundial generada en América Latina en el orden económico y político» (*El País*, 19 de octubre de 2008). Ciertamente, esta posición tiene que ver con el poder y con la probabilidad de que el liderazgo regional ejercido por Brasil se convierta en una herramienta de hegemonía embrionaria con el potencial de conflicto que conlleva. No existe poder benévolo y de hecho algunas líneas de conflicto ya están trazadas, como es el caso del contencioso entre Paraguay y Brasil.

Esta situación contrasta muy significativamente con las presiones a que se vio sometido el mismo Lula por el FMI cuando era candidato y se vio «obligado» a comprometerse a que, en caso de ser elegido, se mantendría la ortodoxia económica y la apertura del país a la globalización financiera. La paradoja es que las presiones del FMI, si se analiza solamente la orientación de la política macroeconómica y la política económica de largo plazo —reforma agraria, política fiscal, estrategias industriales—, sí que han tenido éxito, a pesar de que en la situación actual de Brasil quizá estas presiones y chantajes, que destruyen la base de la vida democrática, ya no serían posibles.

La política económica y la política social bajo Lula han sido mucho más controvertidas por abajo, y de hecho han generado fuertes tensiones en la propia base social del Gobierno y especialmente en el Partido de los Trabajadores. La visión más desencantada acerca de la orientación de la política económica del Gobierno brasileño la daba el secretariado del Movimiento de los sin Tierra —uno de los principales movimientos sociales de Brasil— posicionándose frente a las elecciones de 2006: «Ya no tenemos un Gobierno de izquierda ni de centro izquierda, sino de centro con la derecha controlando la política económica». Este distanciamiento o posicionamiento crítico de una parte de la amplia coalición que llevó al poder a Lula en 2002 tiene varios puntos de fricción, pero la cuestión central sigue siendo la orientación de las políticas económicas y sus efectos redistributivos así como la cuestión de la tierra y la reforma agraria.

Los tres trabajos sobre el Brasil de Lula que se publican en este número abordan todo esto desde distintos puntos de vista y ofrecen una información muy valiosa. El capítulo 1, debido a Fabrício Augusto de Oliveira y Paulo Nakatani, analiza los fundamentos de la elogiada política macroeconómica del Gobierno de Lula y lo correlaciona con la elevada tasa de endeudamiento público que se mantiene y los recursos que se destinan a estos pagos. Los autores advierten (el texto fue escrito en 2007) sobre el riesgo que esto significa ante un cambio de escenario económico. «La globalización financiera de Brasil» (capítulo 3), de Daniela Magálhaes Prates y Leda Maria Paulani, revisa la política seguida en el manejo financiero y la califica como «continuista» de la estrategia seguida por el ex presidente Fernando Henrique Cardoso.

Para las autoras, la estrategia de utilizar como gran ventaja comparativa la posición de Brasil para convertir al país en una base de valoración financiera solo puede funcionar en un contexto de expansión global y abundante oferta de liquidez, lo que plantea una situación insostenible en el medio o quizá corto plazo.

La política social es el punto de convergencia de los tres textos, aunque el trabajo de Rosa Maria Marques y Áquilas Mendes (capítulo 2) lo analiza detalladamente. Los autores analizan algunos de los principales programas sociales, y de forma especial el proyecto de reforma de la seguridad social y el Programa Bolsa Familia. La crítica fundamental que se hace a estas actuaciones y en general al gasto social es que este no se encarna en derechos ciudadanos ni forma parte de un diseño de construcción de un Estado del bienestar basado en derechos sociales sino que adopta principalmente la forma de «prestaciones sociales». El importante programa Hambre Cero tuvo un fuerte impacto en el imaginario y en la moral de la población latinoamericana por el significado que tradicionalmente —y especialmente en las décadas del neoliberalismo— ha tenido el flagelo del hambre entre la población pobre. Por una vez, el hambre aparece como una cuestión prioritaria de la agenda política y el propio Lula al inicio de su primer mandato planteó el objetivo de «que cada brasileño tenga cada día un plato de comida en la mesa». El proyecto se dirige a la población que vive por debajo de la línea de pobreza (1,08 dólares al día según la estimación del Banco Mundial), es decir, a más de 44 millones de personas o 9,32 millones de familias y un 27,8% del total de la población. Ciertamente, este indicador del Banco Mundial no cierra la dimensión de la pobreza y, al mismo tiempo, los datos agregados ocultan la extrema concentración espacial de la pobreza en Brasil.

La transferencia de renta a través de este tipo de prestaciones ha sido enjuiciada duramente por economistas radicales y por sectores de la misma base social del Gobierno, que le acusan de populismo y de que en realidad la política económica ha subsidiado la cuestión social, a través de un manejo del gasto social orientado a sectores que, precisamente por estar situados en la zona de extrema pobreza, no tienen capacidad organizativa y no plantean por tanto mayores problemas en el procesamiento de sus demandas. El impasse en que quedó la reforma agraria es, quizás, el argumento más contundente para visualizar el cambio en las prioridades de la agenda política y en la naturaleza de la política económica de largo plazo.

México: entre el posneoliberalismo y la desestructuración política

La desigualdad social emerge en México, al igual que en Brasil, como la cuestión clave de esta etapa de posneoliberalismo. Las elecciones de 2006 dieron la presidencia a Felipe Calderón por una diferencia mínima de votos, por encima del candidato progresista Manuel López Obrador, y con-

solidaron el control político del centro derecha. La dudosa legitimidad de este triunfo electoral abrió una crisis política grave, pero sobre todo permitió visualizar la magnitud del deterioro democrático en el país, lo que incluye la emergencia de extensas zonas del aparato de Estado que escapan a todo control democrático.¹⁵

La ilegalidad de algunos aspectos del ejercicio del poder político abre una crisis de legitimidad que converge con una crisis social y económica endémica. México se ha especializado en exportar mano de obra barata a Estados Unidos. En 2000-2006 se estima que cruzaron la frontera un mínimo de 2,5 millones de personas y una buena parte de los 12 o 13 millones de trabajadores «indocumentados» que hay en Estados Unidos son mexicanos.¹⁶ Las remesas de estos trabajadores constituyen una fuente de ingresos ya tan importante como el petróleo o las inversiones extranjeras.

El capítulo 4, «México tras las elecciones de 2006», de Alejandro Álvarez Béjar, analiza con detalle la crisis política generada tras las elecciones y su conexión estrecha con la crisis del neoliberalismo, que, comparativamente, en este país no ha asumido hasta el momento la dimensión de debacle que ha tenido en otros países del continente en parte por la estrecha relación que se mantiene con la economía estadounidense y sobre todo porque se anticipó 15 años con la debacle económico social conocida como el «tequilazo». En cualquier caso, Álvarez Béjar revisa los efectos del impacto de la orientación de las políticas económicas en los últimos 25 años sobre las desigualdades y traza un paisaje desolador. Según las estimaciones conservadoras del Banco Mundial, el 50% de los 105 millones de habitantes viven en la pobreza y con ingresos inferiores a 4 dólares diarios. Un 15% de este grupo vive en la extrema pobreza con ingresos inferiores a un dólar diario. En el otro extremo, la concentración de la renta es máxima. El neoliberalismo ha concentrado el ingreso en la estructura de clases de la sociedad mexicana y también, espacialmente, polarizando zonas de mayor desarrollo y zonas más pobres y «atrasadas».

Todos estos impactos del neoliberalismo no son ajenos a la irrupción de una violencia anómica que adopta la forma de crimen organizado pero que también se expresa en la guerra que se realiza contra los pobres encubierta en la lucha contra narcotraficantes, como resalta Álvarez Béjar. Esta forma de violencia se ha extendido por buena parte de América Latina y su tratamiento constituye uno de los grandes desafíos de los Gobiernos progresistas y de izquierda. En todo caso, en México esta violencia paroxística es sobre todo violencia sobre los grupos sociales más desposeídos y especialmente contra las mujeres.

Venezuela: más allá de la buena y de la mala izquierda

De todos los procesos de cambio político iniciado en el actual ciclo de transformaciones en América Latina, Venezuela es el país y el régimen que concita una mayor atención en los medios de comunicación internacionales, y también ocurre así en España. La figura del presidente Hugo Chávez resulta especialmente «chocante» para muchos comentaristas que tienden a cerrar su visión de la sociedad venezolana a partir de cualquier anécdota cotidiana que emerge bien de su discurso, de algún exceso retórico o incluso de su aspecto o vestuario.

El trasfondo de este extremo reduccionismo —en realidad nada novedoso ya que ha sido la pauta que ha prevalecido en el tratamiento periodístico de la mayoría de procesos de cambio y transformación social de sociedades periféricas— es producto de una mezcla de impericia profesional, racismo y una visión de clase que incide de forma determinante en la construcción de la mirada. Una mirada que soslaya la historia e incluso la historia más reciente; que invisibiliza la estructura social real del país —Venezuela es un país muy rico con una tasa de pobreza altísima—; y que distorsiona al extremo la situación política, por definición, compleja, al focalizar la atención en determinados aspectos en detrimento de otros cuando menos igualmente significativos.

La consolidación de Hugo Chávez como un líder político capaz de representar parte de la esperanza de la población venezolana situada en las franjas de pobreza y extrema pobreza resulta incomprensible si no se contextualiza en el manejo que distintos Gobiernos previos hicieron de los recursos y de los ingresos del petróleo, y en los efectos macrosociales de las políticas económicas y sociales. Estas políticas conformaron una estructura de clases que situó a una porción enorme de la población en los límites del sistema, sin acceso real a la ciudadanía y concentrada espacialmente en los interminables extrarradios de las grandes ciudades. Estos grupos sociales que conforman una parte sustancial de las clases bajas han sido históricamente víctimas de un proceso de segregación, de un racismo acusado y de un acoso continuado por parte de los aparatos policiales.

Ningún proyecto político consideró con un mínimo de seriedad extender la ciudadanía, al menos embrionariamente, a esta parte del cuerpo social. Ninguna política redistributiva ni de extensión de derechos fue puesta en práctica, tan solo esperar a que la riqueza generada por las rentas del petróleo generase oportunidades para la mejora de su condición. La obscena desigualdad —al menos durante la época dorada de la renta petrolera— se integraba en la cultura política a través de la mediación de un

racismo y clasismo difundido por todo el cuerpo social. En una línea próxima de las teorías de la «subclase» en los países centrales, la visión dominante acerca de la condición de estos grupos es la de que su pobreza y su condición de marginalidad es el producto de sus características como grupo social, su supuesta incapacidad para el trabajo y el esfuerzo, sus tendencias autodestructivas y un largo etcétera. Un «argumentario» que proporciona un contenido preciso al racismo en versión latinoamericana. Los epítetos descalificativos usados para denominar a esta parte de la población —ciertamente mayoritaria— son muy elocuentes y se reproducen con pocas variaciones en casi todas las sociedades latinoamericanas. Incluso el Gobierno «socialdemócrata» de Carlos Andrés Pérez, que gestionó una parte significativa de las rentas del petróleo, no solo no abordó en ningún momento una política redistributiva efectiva sino que fue el responsable directo del «Caracazo», una de las mayores rebeliones sociales que provocaron los planes de ajuste del FMI en toda América Latina y que marca el surgimiento del liderazgo de Hugo Chávez y explica en buena medida la solidez de su base de apoyo social.

Cualquier estrategia política que tenga como objetivo algún tipo de redistribución de recursos hacia los grupos sociales situados en la parte baja de la estructura social, y que base su fuerza en el respaldo de estos grupos de población históricamente marginados, generará con seguridad una respuesta radical y la tendencia a conformar bloques políticos compactos que escinden el país dejando muy poco espacio para cualquier acción política fuera de los mismos. Los efectos son ya conocidos por la evolución de la situación en Venezuela y también por experiencias próximas en otros países de América Latina. En este proceso de exacerbación de la lucha política, y de la lucha de clases económica, las posibilidades de ejercer un liderazgo democrático se ven dificultadas por la misma dinámica de los acontecimientos y de la competencia política.

En Venezuela, la abrumadora mayoría de los medios de comunicación han convergido con el bloque opositor de tal manera que el margen para la evaluación crítica de la orientación de las políticas del régimen chavista prácticamente desaparece en detrimento de una pura gestión de la información supeditada en gran medida al cálculo político y a la manipulación informativa. Estos efectos deformadores de la configuración de dos bloques irreconciliables no se agotan en el papel de los medios, ni tampoco en la estrategia del bloque opositor, sino que impactan de lleno en la posibilidad de realizar una crítica del régimen desde posiciones de izquierda o progresistas.

Con todo, los 10 años de ejercicio del poder de Hugo Chávez y la conformación de un régimen con una fuerte impronta personalista es un tiem-

po suficiente para establecer algún balance que ha de ir más allá de su caracterización como «populista» o «totalitario» que emerge desde el bloque opositor, o de la visión de que se está construyendo el «socialismo del siglo XXI» bajo el liderazgo clarividente de Hugo Chávez. Michael Lebowitz, economista prestigioso y persona muy afecta a *Monthly Review*, propone en el capítulo 5, «Venezuela: un buen ejemplo de *izquierda mala* en Latinoamérica», un balance particular a partir del contenido de las políticas y transformaciones impulsadas por el régimen de Hugo Chávez y su eventual capacidad para introducir una lógica anticapitalista o poscapitalista. Lebowitz revisa la evolución de la política de Chávez a partir de su relación con el capitalismo y la maduración y puesta en marcha de lo que él llama «la práctica socialista» y la «batalla de ideas contra el capitalismo y por la creación de un nuevo socialismo con nuevos valores».

El autor se pregunta, asimismo, por la evolución de las formas de propiedad social que han de desarrollarse en el futuro inmediato así como su relación con el Estado y la naturaleza de este. El autor revisa minuciosamente la base social que sustenta el régimen chavista así como las formas organizativas a través de las que desarrolla la citada «batalla de ideas» y se articulan los mecanismos movilizadores. Su perspectiva de análisis sugiere que el régimen del presidente Hugo Chávez, a diferencia de otros regímenes progresistas de América Latina —la llamada buena izquierda—, se sitúa «más allá de la lucha por la justicia», y que impulsa, en su nueva etapa, transformaciones anticapitalistas.

El trabajo de Lebowitz es un texto muy bien argumentado y documentado, pero que presenta, a nuestro juicio, un problema estructural serio y al que hemos hecho referencia en otras presentaciones y especialmente en la del número 7, *Un socialismo para el siglo XXI*, cual es la que deriva de lo que se conoce popularmente como el «liderazgo fuerte» en los procesos revolucionarios. El siglo XX proporciona pruebas demoledoras para contrastar en diversos contextos y situaciones históricas la enorme dificultad que supone integrar este tipo de liderazgo —en realidad, es algo mucho más sustantivo que el puro «liderazgo» personal— en la profundización de la democracia. Pensar que alguna forma de socialismo, o un proceso que orienta decisivamente a una formación social en esa dirección, es compatible con un liderazgo de esas características resulta prácticamente imposible a partir de la enorme acumulación de experiencias históricas que arrojó el siglo XX.

Cosa diferente es pensar, en el contexto de una estructura social como la de Venezuela, en la cual una parte sustantiva de la población no ha tenido históricamente acceso a las diversas formas de ciudadanía, que coyun-

turalmente un «liderazgo fuerte» resulta quizás inevitable en el contexto de la lucha política. Pero se trata de una lucha política con un horizonte claro: la profundización de la democracia, a través de la extensión de la democracia económica y de la extensión de la ciudadanía, y su éxito se ha de visualizar precisamente en la difuminación del «liderazgo fuerte» y no en su reforzamiento. Todo esto tiene poco o nada que ver con la «construcción del socialismo», al menos si esta forma de organización social se piensa a partir de las enseñanzas históricas de las experiencias pasadas y fracasadas.

Con todo, por supuesto que se ha de valorar muy positivamente la movilización de las clases subalternas venezolanas en pos de «la autorrepresentación y el autogobierno» (según la acertada síntesis que usa Alejandro Álvarez en referencia a México, véase más abajo, p. 74) desencadenada por la era de Chávez, así como la cultura antiimperialista difundida en la región y más allá.

Argentina: crisis y cambios en la cultura política

A partir de la crisis de 2001 la sociedad argentina enfrentó un conjunto de situaciones nuevas imposibles de imaginar tanto por su amplitud como por la innovación de las formas de acción popular que desencadenaron. El hundimiento del entramado neoliberal y el orden político asociado, caracterizado por la fuerte desigualdad y el miedo acumulado en años de represión política —también por la memoria de las dictaduras militares—, dio paso a una eclosión de formas de resistencia y al ensayo de organizaciones embrionarias de economías —microeconomías locales o comunitarias— posmercantiles, como es la activación del trueque de una amplia gama de bienes y servicios intercambiados sin la mediación del dinero.

La crisis de 2001 abre una etapa de participación y de mayor auto-reconocimiento de la sociedad argentina que tiene un innegable potencial democratizador, más allá de la evolución de la coyuntura política. Las asambleas populares, los piqueteros, el movimiento de trabajadores desocupados, la recuperación de fábricas por parte de sus trabajadores constituyen un valioso activo para la defensa de los intereses de los grupos sociales desfavorecidos, y también para explorar futuras organizaciones sociales capaces de oponerse a la dinámica de dualización que se ha instalado en toda la estructura social argentina. El potencial transformador de la experiencia de autodefensa frente al momento liminar que significó 2001, se percibe también en los continuados intentos por reconducirlos a

través de mecanismos de fragmentación y división, pero también en el plano de la batalla de ideas y la lucha por una cultura democrática.

Marie Trigona describe en «El poder obrero en Argentina» (capítulo 6) la gestación de esos movimientos sociales emergentes, las nuevas formas de acción y de organización, invención o recuperación de pautas de vida y mecanismos de reproducción de la vida social que podríamos considerar como un ensayo de poscapitalismo. La autora, escritora y productora radiofónica, se acerca a esta cuestión a través de una serie de densas descripciones en las cuales se reflejan vivencias tanto de las condiciones de vida como de la experiencia en la organización de la producción en la extensa cadena de fábricas y empresas que fueron abandonadas y que ahora funcionan en régimen de autogestión. La modernización y la transformación de la estructura social argentina sitúa a la población inmigrante —en su mayoría, procedente de Bolivia— en una condición de superexplotación que difiere sustancialmente de las fábricas del primer capitalismo industrial, aunque en un contexto organizativo global. La organización de estos grupos de trabajadores —según Trigona— da continuidad histórica y cultural a la tradición de organización y lucha social de los inmigrantes que poblaron el país desde mediados del siglo XIX.

Bolivia: luchas sociales y esperanza para América Latina

Más allá del desenlace final del proceso político abierto en el país con la elección de Evo Morales como presidente de Bolivia en 2005, esta experiencia marcará un antes y un después en América Latina. La elección como presidente de Gobierno de un líder sindical indígena en un país donde esta mayoría de la población ha estado históricamente segregada y ha sido víctima de un racismo feroz define un punto de referencia muy nítido para evaluar la profundidad de la democratización del país. La trascendencia de lo que ocurre en Bolivia obedece a que en muchas otras sociedades latinoamericanas, en mayor o menor medida, se reproduce también el racismo que segrega y oprime a las minorías o mayorías de población indígena o mestiza, según los casos, y condiciona absolutamente la democracia política y económica.

Esta cuestión está en el pasivo de la mayoría de movimientos de izquierda que no han sabido captar su trascendencia y la absoluta imposibilidad de impulsar la democratización de la sociedad dejando fuera a la población indígena que constituye en muchos países la mayoría de la población. Una constatación más de que el espejismo de la modernización

industrial también cegó a buena parte de la izquierda latinoamericana durante el siglo xx. La visibilización de las poblaciones indígenas y la defensa de sus derechos —incluyendo su cultura, lengua y formas de vida— y la experiencia del actual Gobierno boliviano representa una gran esperanza. Un tema que revisa con una visión histórica Roxanne Dunbar-Ortiz en «Pueblos indígenas e izquierda en Latinoamérica» (capítulo 8). La autora incide en la articulación de los Estados latinoamericanos durante el siglo xxi como un factor determinante en la extrema segregación que ha sufrido la mayoría de población indígena.

El Gobierno de Evo Morales con sus errores y aciertos resulta trascendente para América Latina en su conjunto porque problematiza en términos políticos, situándolo en lugar preferente y como problema estructural no resuelto, la cuestión de la sociedad dual y reintroduce en la conformación de los bloques sociales y la estructura de clases sociales la cuestión étnica. Así, por ejemplo, Alain Touraine señala que en Bolivia se da el gran *clivage* para el futuro inmediato de América Latina:

El lugar donde se decide la vida política del continente y su capacidad de inventar un modelo social y político capaz de operar sobre una situación extraordinariamente difícil es, sin ninguna duda, Bolivia. La opinión pública latinoamericana lo comprendió de inmediato, y el Gobierno de Evo Morales ha recibido hasta ahora un fuerte respaldo, incluso si se tienen en cuenta los conflictos de intereses con Brasil. Parece existir una conciencia general en América Latina sobre la necesidad de aceptar el modelo boliviano tal y como se está conformando, en su radicalidad, su nacionalismo y su heroísmo, en sus excesos de lenguaje y también de acciones. [...] El futuro político del continente depende hoy ante todo de las oportunidades de Bolivia de construir y hacer realidad un modelo de transformación social.¹⁷

El texto de Federico Fuentes «La lucha por el futuro de Bolivia» (capítulo 7) revisa las condiciones en que se desarrolla la lucha de clases política, la conformación de bloques de poder y las condiciones históricas en que se gestó el amplio «movimiento de movimientos» que obtuvo la victoria política en 2005. Fuentes describe la transmutación de la táctica y estrategia de la derecha que crecientemente adopta posiciones abiertamente destabilizadoras y golpistas, con el recurso, ya sin ningún tapujo, de una violencia extrema que recuerda a las estrategias insurreccionales de las derechas en otros países y especialmente en Chile en el último periodo del Gobierno de Salvador Allende.

Este capítulo revisa los principales lineamientos de la reorganización económica, el control estatal de los recursos energéticos y el rediseño del

Estado incluida la reforma constitucional. También hace un balance de la estrategia del Gobierno de Morales y sopesa su margen de maniobra para recuperar a sectores de las clases medias urbanas, los riesgos de involución militar así como la virtual amenaza de división del país a través de una estrategia separatista de los grupos económicos y políticos más beligerantes.

Este volumen se cierra con un capítulo, debido a Immanuel Wallerstein, escrito como un homenaje póstumo a Andre Gunder Frank. El autor pone al día su conocida tesis de que nos hallamos en una transición sistémica y pone el énfasis en el papel crucial que puede jugar en su desenlace «el espíritu de Porto Alegre», es decir, la nueva izquierda —latinoamericana y global— que emerge del Foro Social Mundial. Wallerstein señala el compromiso de Gunder Frank con el conocimiento científico de la situación mundial así como su condición indisociable de activista académico de izquierda y señala que el mejor homenaje que se le puede hacer es intentar adoptar la misma perspectiva. La lectura de su texto nos muestra que ciertamente lo ha conseguido.

La Presentación contiene varios comentarios, que agradecemos, de nuestros colegas latinoamericanos Luis A. Prado y Teresita Sirvent.

Salvador Aguilar, Arcadi Oliveres, Jaime Pastor y Carlos Zeller
Barcelona, enero de 2009

Notas

1. Véase Noam Chomsky, «Latin America declares independence», *International Herald Tribune*, 3 de octubre de 2006.
2. La atención a América Latina ha sido una seña de identidad de la *Monthly* desde sus comienzos. En diversas etapas históricas se han editado versiones en Chile y Argentina, ediciones que en realidad tuvieron una circulación bastante amplia en otros lugares de América Latina y una clara influencia en las izquierdas críticas. Un escritor de referencia para la izquierda latinoamericana, Eduardo Galeano, ha sido durante largos años colaborador habitual, y su más célebre ensayo —*Las venas abiertas de América Latina*— fue publicado por la editorial Monthly Review Press. Asimismo, la obra de Andre Gunder Frank sobre América Latina tuvo en la *Monthly* su espacio habitual de publicación. En la presente coyuntura histórica, la publicación ha prestado una atención continuada al proceso de Venezuela, Bolivia y, en general, a la situación de la región en su conjunto. En 2007 se publicaron dos números monográficos sobre América Latina («Brasil under Lula» y «Revolt in Latin America») de los que se han extraído la mayor parte de los textos que componen este volumen.

3. Resulta imposible evaluar la evolución del régimen cubano sin considerar como factor decisivo la intervención estadounidense, la sensación continuada de acoso que obligo a compromisos con la Unión Soviética difícilmente compatibles con el espíritu de la revolución, además de los efectos político y culturales que plantea una situación de virtual estado de guerra continuó con sus corolarios de jerarquización de la sociedad, influencia desmedida de la estructura militar, autoritarismo que acaba conformando la cultura política de la sociedad en su conjunto y una concentración cuasiabsoluta del poder simbólico —la «legitimidad revolucionaria»— en los núcleos dirigentes. Esto no significa de ninguna manera, situar toda la carga de la responsabilidad de la deriva autoritaria en la agresión imperialista o en los contextos de guerra fría, sino analizar históricamente las condiciones extremadamente adversas que han enfrentado todos los procesos de cambio en América Latina y de los que la izquierda debe aprender.
4. La historia de las revoluciones políticas del siglo xx muestra de forma descarnada cómo, en un periodo relativamente breve de tiempo, pueden darse auténticas regresiones capaces de abortar toda la energía no solo de los momentos iniciales, lo cual en cierta medida es inevitable, sino de las bases políticas y morales sobre las que se sustentó el movimiento. La actual Nicaragua dirigida por Daniel Ortega es un ejemplo perfecto de esta deriva histórica, en la cual resulta especialmente sangrante la encarnizada persecución realizada por el régimen «sandinista» del poeta y ex ministro de Cultura de la Revolución Sandinista Ernesto Cardenal.
5. *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano, Siglo XXI, 19 reimpresión, Madrid, 2003.
6. Véase *La nueva izquierda en América Latina*, Daniel Chávez, César Rodríguez, Patrick Barrett (editores), Catarata, Madrid, 2008.
7. La asonada de la región autonomista de Pando en el pasado mes de septiembre se saldó con una treintena de muertos y un número desconocido de personas desaparecidas en una estrategia de abierta subversión paramilitar, situación que derivó en crisis abierta con Estados Unidos incluyendo las expulsiones recíprocas de los embajadores. Para una visión de la estrategia política de las regiones autonomistas que concentran las rentas de los hidrocarburos véase el ilustrativo Documental «Los guerreros del Arco Iris», documento fílmico que muestra la estrategia insurreccional de la derecha boliviana, con inquietantes parecidos con la oposición ejecutada por la derecha chilena desde principios de 1972 hasta el golpe de Estado en septiembre de 1973. La estrategia secesionista de los territorios que tienen una mayor renta y con una concentración de población no indígena comparativamente mayor tiene un guión muy similar al seguido en Kosovo. El documental se puede ver en www.porra.org/internacionaln113165
8. China ha emergido como un actor económico de primer orden en la región. Sus inversiones abarcan prácticamente todos los sectores, aunque con especial interés en las materias primas y la energía. Los flujos de mercancías se han multiplicado en pocos años y el tráfico marítimo desde las rutas de los principales puertos latinoamericanos tiene un incremento constante desde hace una década. La posición de China en América Latina se percibe en los indicadores de comercio de mercancías y en las inversiones, pero también en un aspecto más simbólico como fue la gira que realizó el presidente chino Hu Jintao en noviembre de 2004 por Brasil, Argentina, Chile y Cuba y las tremendas expectativas que despertó en los círculos económicos y políticos. Idéntico movimiento provocó el viaje del primer ministro chino Wen Jiabao en 2006 a México. Esta expansión del capital chino hacia América Latina equivale al movimiento estratégico realizado por Japón dos décadas atrás, aunque en este caso concentrado especialmente en Brasil, y más recientemente al despliegue de la Unión Europea y especialmente del capitalismo español.

9. La crisis argentina de 2001 es quizás el acontecimiento que marca de forma más nítida el hundimiento del neoliberalismo en la región. Su punto de no retorno y su gran crisis de legitimidad. De hecho, el nuevo ciclo político es en gran medida una respuesta al desastre social y político dejado por las políticas neoliberales. No obstante, el neoliberalismo sigue muy presente en forma de «residuos culturales» y políticos más o menos consistentes según sean las sociedades. Uno de los principales es la estructura de clases que se acabó de configurar en las décadas de aplicación del neoliberalismo en la mayoría de países. La marginalidad urbana, en donde se concentra la extrema pobreza, se ha expandido en la mayoría de las grandes ciudades de tal manera que las políticas sociales, en el mejor de los casos, permiten contener o reducir porcentualmente la parte de población situada por debajo de los lindares de pobreza o extrema pobreza pero no reducir su número. Asociado estrechamente a esto, aparece en toda su dimensión la cuestión de la seguridad y el desarrollo de modelos de ciudad-fortaleza, con una distribución espacial homogénea de las clases sociales en la trama urbana. Esta organización del espacio público, en la cual los pobres tienden a ser desplazados al extrarradio y los ricos se *bunkerizan* en sus hábitats, hace prácticamente inevitable la expansión del racismo y la tentación de optar por la guerra de clase enmascarada de lucha contra la delincuencia, y consolida, asimismo, la pauta histórica de la desigualdad extrema. Para un balance detallado de los distintos efectos del neoliberalismo a escala mundial véase el n° 8 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, titulado *25 años de neoliberalismo*, Hacer, Barcelona, 2008.
10. El ejemplo más reciente de autonomía regional lo proporcionó la reunión extraordinaria de UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) convocada de urgencia para abordar la crisis boliviana en Santiago de Chile en septiembre de 2008. El posicionamiento categórico contra la desestabilización de un país o cualquier variante de golpismo constituye un hito histórico, sobre todo por la unanimidad y por el peso del mensaje enviado. La cumbre sirvió además para visualizar con nitidez la emergencia de Brasil como un actor regional de primer orden.
11. Véase «La naturaleza no es muda», Eduardo Galeano, *Semanario Brecha* de Uruguay, abril de 2008.
12. Véase «Las reformas pactadas», entrevista con Álvaro García Linera. José Natanson, *Nueva Sociedad*, n° 209, Buenos Aires, 2007.
13. Véase «Modelos y liderazgos en América Latina», Manuel Antonio Garretón, *Nueva Sociedad*, n° 205, Buenos Aires, 2006.
14. Véase «Migraciones internacionales y desarrollo: el impacto socioeconómico de las remesas en Colombia, David Khoudour-Castéras, *Revista de la CEPAL*, n° 92, Santiago de Chile, 2007.
15. La descripción de la lucha contra el narcotráfico en México que hacen los medios de comunicación muestra, por una parte, una violencia extrema más propia de una situación de guerra abierta que de una derivada de cuestiones de orden público, y por otra parte, un paisaje institucional en que puede visualizarse toda la estructura del aparato de Estado «contaminada» por la densa red de influencia del dinero de las grandes organizaciones mafiosas. Se trata de organizaciones sociológica y culturalmente muy alejadas de la génesis de la mafia italiana descrita por Eric Hobsbawm en su *Rebeldes Primitivos*. En estos años de neoliberalismo, en los que supuestamente se combatió intensamente el narcotráfico, estas organizaciones alcanzaron una masa crítica de poder e influencia que de hecho las ha transformado en actores que pugnan por «autonomizar» sus propios espacios de actuación bien subsidiando al Estado o bien «anulándolo» en determinados estamentos por la fuerza, ejercida principalmente a través de la corrupción, o por una combinación de tácticas que intentan capitalizar el poder coercitivo —y normativo— del Estado en su

provecho. El presidente Felipe Calderón señala en un extenso documento, destinado al Senado mexicano, que prácticamente todo el aparato policial está corrompido, incluyendo a toda la estructura de mando; Calderón lo sintetiza de forma expresiva: «la mitad de la policía mexicana no es recomendable». (*El País*, 29 de noviembre de 2008). Los ejércitos que las organizaciones de narcotraficantes han puesto en pie se reclutan principalmente de la población situada en la extrema pobreza y en este espacio social se encuentran también la mayoría de sus víctimas. Estas organizaciones son en todos los sentidos formaciones sociales y de poder forjadas en el contexto del neoliberalismo y su nervio económico está estrechamente vinculado a los grandes negocios y a la dinámica misma del capitalismo mexicano y sus múltiples conexiones globales. En este sentido, su potencial desarrollo está asociado a su capacidad de mantener su paradójica relación simbiótica con el entramado institucional.

16. Véase el importante trabajo de Richard Vogel «“Trabajadores invitados” en el capitalismo global», en el n° 8 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, titulado *25 años de neoliberalismo*, Hacer, Barcelona, 2008, pp. 89-114.
17. «Entre Bachelet y Morales. ¿Existe una izquierda en América Latina?», Alain Touraine, *Nueva Sociedad*, n° 205, Buenos Aires, 2006.